

Erik Larson

El diablo
en la Ciudad Blanca

Traducción de
Jofre Homedes Beutnagel

Ariel

Obra editada en colaboración con Editorial Planeta – España

Título original: *The Devil in the White City*

© 2003, Erik Larson

© 2005, Traducción: Jofre Homedes Beutnagel

© 2019, Editorial Planeta S.A. – Barcelona, España

Derechos reservados

© 2020, Ediciones Culturales Paidós, S.A. de C.V.

Bajo el sello editorial ARIEL M.R.

Avenida Presidente Masarik núm. 111,

Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo

C.P. 11560, Ciudad de México

www.planetadelibros.com.mx

www.paidos.com.mx

Primera edición impresa en España: junio de 2019

ISBN: 978-84-344-3102-7

Primera edición impresa en México: octubre de 2020

ISBN: 978-607-747-947-5

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.

Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México

Impreso en México -*Printed in Mexico*

Primera parte

MÚSICA CONGELADA

Chicago, 1890-1891



Chicago, hacia 1889.

LA CIUDAD NEGRA

Lo fácil que era desaparecer: En Chicago entraban o salían un millar de trenes diarios, muchos con jóvenes solteras que nunca habían visto una ciudad, pero que tenían la esperanza de hacerse un hueco en una de las más grandes y duras del país. En palabras de la reformadora urbana Jane Addams, fundadora de la Hull House, una institución social y educativa de ayuda a los pobres: «Es la primera vez en la historia de la civilización que un número tan alto de jóvenes quedan desligadas de un día para el otro de la protección de sus hogares, y en que se les permite caminar sin compañía por las calles de la ciudad, y trabajar bajo techo ajeno».¹ Los empleos que buscaban eran de mecanógrafa, estenógrafa, costurera o tejedora. Por regla general, sus jefes eran ciudadanos con sentido moral, que perseguían la eficacia y el provecho, pero también había excepciones. El 30 de marzo de 1890, un directivo del First National Bank puso un anuncio en la sección de empleo del *Chicago Tribune* informando a las estenógrafas de que cada vez estaban «más convencidos de que ningún empresario decente y que no chochee sería capaz de solicitar una estenógrafa rubia, guapa, que no conozca a nadie en la ciudad y esté dispuesta a enviar su foto. Todos esos anuncios llevan el sello de la vulgaridad; es más, consideramos peligroso para cualquier mujer dar respuesta a unas propuestas tan indecorosas».

Las calles por las que iban al trabajo estaban llenas de bares, garitos y burdeles. El crimen campaba por sus fueros, y las autoridades hacían la vista gorda. «Ayer como hoy, los salones y los dormitorios de la gente normal eran bastante anodinos —escribiría Ben Hecht en su vejez, en un intento de explicar aquel rasgo persistente del viejo Chicago—. En cierto modo, era agradable saber que al otro lado de las ventanas el diablo seguía haciendo piruetas, entre fogonazos de azufre».² Max Weber comparaba la ciudad a «un ser humano sin piel»,³ sin sospechar hasta qué punto era acertada la comparación.

Morir antes de tiempo, de una muerte anónima, entraba dentro de lo normal. De los miles de trenes que cruzaban la ciudad, ni uno solo circulaba bajo tierra. El día menos pensado, al bajar de la acera, se podía acabar bajo las ruedas del Chicago Limited. La media de muertos en los cruces ferroviarios de la ciudad era de dos al día, y en circunstancias espantosas. A veces, los transeúntes recogían las cabezas. Y no acababa ahí la lista de peligros: tranvías cayendo de los puentes, caballos encabritados arrastrando carruajes contra la multitud... Los incendios se cobraban una docena de víctimas diarias. El adjetivo favorito de la prensa era «achicharrado». La difteria, el tífus, el cólera, la gripe, campaban por sus fueros. Y estaban los asesinatos. En la época de la exposición, el índice de asesinados de ambos sexos creció vertiginosamente en todo el país, pero en ningún lugar como en Chicago, cuya policía carecía de los efectivos y los medios necesarios para plantar cara al fenómeno. Durante los primeros seis meses de 1892, el número de muertos con violencia en Chicago casi ascendió a ochocientos, es decir, cuatro al día. Por lo general se trataba de crímenes prosaicos, por robo, peleas o celos: hombres que disparaban a mujeres, mujeres a hombres, niños que se disparaban por accidente... Hasta ahí, todo era más o menos comprensible. No había ocurrido

nada comparable a los crímenes de Whitechapel. (En 1888, la serie de cinco asesinatos de Jack el Destripador no solo había desafiado cualquier explicación, sino fascinado al lector americano, seguro de que nada similar podía ocurrir en su ciudad o pueblo).

Pero las cosas empezaban a cambiar. La frontera entre moral y maldad parecía sufrir una degradación de la que nada ni nadie se salvaba. Elizabeth Cady Stanton abogaba por el divorcio; Clarence Darrow, por el amor libre; y una joven de apellido Borden asesinaba a sus padres.*

En Chicago, mientras tanto, un médico joven y guapo bajaba del tren y, con su maletín en la mano, se adentraba en un mundo de gritos, humo y vapor, cargado de olor a ganado y cerdos muertos. Y ese mundo le gustaba.

Las cartas aún tardarían en llegar; cartas de los Cigrand, los Williams, los Smythe... y así hasta un número indeterminado de familias que escribían al extraño y lúgubre castillo del cruce entre las calles Sesenta y tres y Wallace preguntando por el paradero de sus hijas y nietos.

Era tan fácil desaparecer, tan fácil decir que no se sabía nada, tan sumamente fácil, entre el humo y el ruido, ocultar que algo oscuro había echado raíces...

Así era Chicago en vísperas de la mayor exposición de la historia.

* El caso de Lizzie Borden, acusada de asesinar a sus padres con un hacha, pero absuelta por el jurado, supuso una verdadera conmoción en su época. (*N. del T.*)

«LO PEOR ACABA DE EMPEZAR»

La tarde del lunes 24 de febrero de 1890 había dos mil personas ante la sede del *Chicago Tribune*, un grupo más de los que se habían reunido a las puertas de los veintinueve periódicos de la ciudad, pero también en los vestíbulos de los hoteles, en los bares y en las oficinas de la Western Union y la Postal Telegraph Company. El grupo del *Tribune* se componía de hombres de negocios, empleados, viajantes, taquígrafa, policías y, como mínimo, un barbero. Los mensajeros esperaban, listos para salir corriendo a la menor noticia digna de ese nombre. Hacía frío. En las profundas callejuelas entre los edificios, el humo limitaba el campo de visión a unas cuantas manzanas. De vez en cuando, la policía despejaba el camino a uno de los tranvías de la ciudad, vehículos amarillos brillantes que debían su apodo de *grip-cars*, «coches de agarre», al hecho de estar conectados a un cable que discurría bajo el pavimento. Los grandes carros de los mayoristas hacían retumbar el suelo con los cascos de sus enormes caballos, que llenaban el aire turbio de su aliento.

La espera era tensa, pues el orgullo de Chicago estaba en juego. En todas las esquinas se observaba a los tenderos, los cocheros, los camareros y los botones para saber si había llegado la noticia, y si era buena o mala. Estaba siendo un buen año; por primera vez, la población de Chicago había

rebasado el millón de habitantes, haciendo de ella la segunda ciudad más poblada del país después de Nueva York; claro que los habitantes de Filadelfia, resentidos detentores hasta entonces de ese honor, no se cansaban de señalar que su rival había hecho trampa al anexionarse grandes zonas justo a tiempo para el censo decenal de 1890, pero Chicago no les hacía ningún caso. El tamaño de la ciudad hablaba por sí solo. Y había llegado el día en que, si todo salía bien, el este les vería al fin como algo más que un villorrio perdido habitado por codiciosos matarifes de cerdos. Si salía mal, si perdían, sería una humillación de la que costaría reponerse, dada la efusividad con que los próceres de Chicago habían insistido en que la victoria sería suya. Si Charles Anderson Dana, gran personaje de la prensa neoyorquina, la había bautizado como Windy City¹ («la ciudad de los aires»), no era por la persistencia del viento del suroeste, sino por la palabrería.

En el último piso del Rookery, donde tenían su despacho, Daniel Burnham, de cuarenta y tres años, y su socio John Root, de cuarenta recién cumplidos, eran sensibles como pocos a la tensión que reinaba en el ambiente. Ambos habían participado en conversaciones secretas, habían recibido determinadas garantías y habían llegado a realizar visitas de reconocimiento a los arrabales de la ciudad. Burnham y Root eran los principales arquitectos de Chicago, pioneros en la erección de edificios de gran altura, y autores de la primera construcción de Estados Unidos en haber merecido el nombre de «rascacielos». Daba la impresión de que cada año alguna de sus obras se convertía en el edificio más alto del mundo. Desde que estaban instalados en el Rookery (un magnífico y luminosísimo edificio diseñado por Root, en el cruce de las calles La Salle y Adams), gozaban de unas vistas del lago y la ciudad que nadie hasta entonces había visto, a excepción de los obreros del propio rascacielos, pero sabían

que, en función de lo que deparase el día, sus triunfos pasados podían palidecer ante los del futuro.

La noticia tenía que llegar de Washington por telégrafo. El *Tribune* la recibiría de uno de sus reporteros de plantilla. A continuación, sus editores, redactores y tipógrafos compondrían ediciones extraordinarias, mientras los fogoneros alimentaban con carbón las calderas de las prensas del periódico, que funcionaban a vapor. Un empleado pegaría cada nuevo boletín a los escaparates de modo que se pudiese leer desde fuera.

Poco después de las cuatro, hora oficial ferroviaria de Chicago, el *Tribune* recibió el primer telegrama.

Ni el propio Burnham podía decir a quién se le había ocurrido la idea, como si hubiera surgido de varios cerebros a la vez; al principio, el objetivo no iba más allá de celebrar el cuarto centenario del descubrimiento del Nuevo Mundo por Cristóbal Colón organizando una exposición mundial, y el plan había sido acogido con tibieza. El país, enfrascado desde finales de la guerra civil en un gran impulso de enriquecimiento y poder, no parecía muy interesado por conmemorar su pasado remoto. Pero eso fue así hasta 1889, el año en que los franceses habían dado la campanada.

Francia había inaugurado en el parisino Champ de Mars la Exposition Universelle, un acontecimiento de tales dimensiones y esplendor, tal exotismo, que sus visitantes salían convencidos de que era imposible superarlo. El centro de la exposición era una torre de hierro cuya altura (más de trescientos metros) superaba la de cualquier otra estructura creada por el hombre en el planeta, y que, más allá de garantizar eterna fama a su autor, Alexandre Gustave Eiffel, demostraba del modo más gráfico posible que Francia había tomado la delantera a Estados Unidos en el dominio del hie-

rro y el acero, a pesar del puente de Brooklyn, de la Horseshoe Curve y de otras incuestionables hazañas de la ingeniería norteamericana.

Si esa impresión tenía algún culpable, eran los propios Estados Unidos, por lo poco que se habían esforzado en exhibir sus capacidades artísticas, industriales y científicas en París. «Vamos a ser incluidos entre las naciones que han demostrado poco interés por las apariencias», escribió el corresponsal del *Chicago Tribune* en París, el 13 de mayo de 1889. Mientras otros países, sostenía, buscaban la dignidad y el estilo, los expositores norteamericanos habían erigido una mezcolanza de pabellones y quioscos sin ningún criterio artístico unificador ni plan global. «El resultado es una triste amalgama de tiendas, barracas y bazares que si de por sí, salvo excepciones, ya son poco vistosos, en conjunto pecan de incongruencia». Francia, en contraste, no había reparado en medios para abrumar con su esplendor. «Más que rivales —escribía el mismo corresponsal—, los demás países son un simple aderezo para Francia; la pobreza de lo que aquellos exponen no hace más que resaltar —como era el objetivo— la plenitud, riqueza y magnificencia de los galos».

La propia torre Eiffel, que los americanos, en un arranque de optimismo, habían tachado de atentado irreparable y monstruoso al bello paisaje de París, se había revelado como una obra de inesperada potencia, con su ancha base y su espigado fuste, que recordaban un cohete con su estela. Era una afrenta intolerable para un país como Estados Unidos, elevado a nuevas cotas de patriotismo por su creciente poder y su peso cada vez mayor en el concierto de las naciones. Hacía falta una oportunidad para superar a los franceses; ser, en suma, más Eiffel que el propio Eiffel. Y de pronto la idea de ser los anfitriones de una gran exposición conmemorativa del descubrimiento del Nuevo Mundo por Colón se convirtió en irresistible.

Al principio, la mayoría de los estadounidenses habían considerado que si en algún lugar debía celebrarse una exposición en honor a las más profundas raíces del país era en Washington, la capital. En ese momento inicial, hasta los capitostes de la prensa de Chicago estaban de acuerdo. Sin embargo, una vez perfilada la idea de la exposición se había convertido en un trofeo codiciable para otras ciudades, sobre todo como fuente de prestigio; y el prestigio, en una época en que solo la sangre superaba al lugar de procedencia como fuente de orgullo, constituía un aliciente nada desdeñable. De pronto, tanto Nueva York como Saint Louis se postulaban como sedes. Washington defendía sus derechos como centro del gobierno, Nueva York como centro de todo, y Saint Louis... A saber. En todo caso, valor no le faltaba.

Si en algún lugar pesaba el orgullo cívico era en Chicago, cuyos habitantes hablaban del espíritu de la ciudad como de una fuerza tangible, orgullosos de la rapidez con que se había recuperado del gran incendio de 1871. No contentos con reconstruirla, la habían convertido en la primera fuerza comercial, manufacturera y arquitectónica del país, pero ni siquiera toda la riqueza de la urbe había logrado disipar la idea de que era una ciudad de segundo orden, que prefería la carne de cerdo a Beethoven. La capital del país, por su refinamiento cultural y social, era Nueva York, y no se cansaba de recordárselo a Chicago por boca de sus próceres o de la prensa. Pues bien, si la exposición se organizaba con acierto, si superaba a la de París, podía acabar con ese sambenito de una vez por todas. Ante la candidatura de Nueva York, los jefes de la prensa de Chicago habían empezado a preguntarse: ¿Y por qué no Chicago? El *Tribune* avisaba de que «los halcones, los buitres y el resto de los sucios animales que infestan el suelo y los cielos de Nueva York aspiran a adueñarse de la exposición».²

El 29 de junio de 1889, el alcalde de Chicago, DeWitt C. Cregier, anunció la creación de un comité de ciudadanos, doscientos cincuenta entre los más ilustres. De ese comité surgió una resolución que concluía: «Los hombres que contribuyeron a construir Chicago desean la exposición y, dado que sus pretensiones son justas y fundadas, están decididos a obtenerla».³

Pero la última palabra la tenía el Congreso. Había llegado el momento de la gran votación.

Un empleado del *Tribune* se acercó al escaparate para pegar el primer boletín. Los votos iniciales ya distanciaban a Chicago de Nueva York, con ciento quince contra setenta y dos. El tercer y cuarto puesto eran para Saint Louis y Washington. Un congresista opuesto a la celebración del acto en sí había votado por Cumberland Gap, solo para fastidiar. Cuando la multitud que se congregaba en la acera del *Tribune* vio que Chicago aventajaba en cuarenta y tres votos a Nueva York, prorrumpió en gritos, silbidos y aplausos, aunque todos sabían que aún faltaban treinta y ocho votos para la mayoría simple y, por tanto, para la victoria.

Aparecieron nuevas votaciones. El crepúsculo ya empezaba a oscurecer el cielo, y las aceras se llenaban de personas de ambos sexos que salían del trabajo. Las mecanógrafas, las últimas en abandonar su puesto laboral, salían en masa del Rookery, el Montauk y otros rascacielos, luciendo abrigos sobre el clásico conjunto de blusa blanca y larga falda negra, que tanto recordaba a las teclas de sus Remington. Los cocheros tiraban de las riendas soltando palabrotas. Un faroleiro corría por el margen de la multitud para encender surtidores de gas sobre los postes de hierro colado. De repente la calle era una explosión de colores: el amarillo de los tranvías, el azul de los repartidores de telegramas que pasaban

corriendo con sacas llenas de alegrías y penas, el dorado de un gran león montando guardia en la acera de enfrente, a la puerta de una sombrerería... Arriba, en lo alto de los edificios, las luces, de gas y eléctricas, se abrían a la oscuridad como flores nocturnas.

El empleado del *Tribune* volvió al escaparate, esta vez con los resultados de la quinta votación. «Un pesado y frío manto de tristeza cayó sobre la multitud»,⁴ observó un periodista. Nueva York había ganado quince votos; Chicago, únicamente seis. La diferencia se había estrechado. Un barbero comentó que debían de ser los votos de los congresistas que habían empezado pronunciándose a favor de Saint Louis. El comentario hizo exclamar a un teniente del ejército, Alexander Ross:

—Señores, estoy dispuesto a defender ante quien sea que la gente de Saint Louis es capaz hasta de robar en una iglesia.

—¡O de envenenar al perro de su mujer! —dijo alguien, y casi todos estuvieron de acuerdo.⁵

Mientras tanto, en Washington, el contingente de Nueva York —en el que figuraba Chauncey Depew, presidente de la línea ferroviaria New York Central y uno de los más celebrados oradores del momento— solicitó un descanso hasta el día siguiente, presintiendo que la situación podía sufrir un vuelco. Al enterarse, el grupo del *Tribune* abucheó la petición. La interpretaban (acertadamente) como una maniobra con la que ganar tiempo para ejercer nuevas presiones.

La propuesta fue desestimada, pero la cámara votó por hacer un breve descanso. En la acera del *Tribune*, no se movió nadie.

Después de la séptima votación, a Chicago solo le faltaba un voto para obtener la mayoría. Nueva York había perdido terreno una vez más. El silencio era profundo. Los coches de caballos no se movían de su sitio. La policía tampoco ha-

cía nada por disolver la cadena de tranvías que crecía en una y otra dirección, como un gran tajo de cadmio. Los pasajeros se habían apeado, atentos al escaparate del *Tribune* y al siguiente parte. Los cables que vibraban bajo el pavimento parecían entonar un grave acorde de suspense.

Poco después apareció otra persona en el escaparate del *Tribune*, un joven alto y delgado, de barba negra, que miró inexpresivamente a los espectadores. Llevaba un bote de cola en una mano, y en la otra una brocha y un boletín. Parsimoniosamente, dejó el boletín en una mesa. Estaba de espaldas, pero todos comprendieron lo que hacía por el movimiento de sus hombros. Desenroscó lentamente la tapa del bote de cola. Su expresión era un poco lúgubre, como si contemplase un ataúd. Metódicamente, aplicó cola al boletín, pero tardó bastante en aplicarlo al escaparate.

Su expresión no había cambiado. Pegó el boletín al cristal.

Burnham esperaba. Tanto su despacho como el de Root estaban orientados al sur, para satisfacer sus ansias de luz natural; un anhelo común a todo Chicago, donde las farolas de gas, que seguían siendo la principal fuente de iluminación artificial, no lograban disipar la perpetua penumbra del humo de carbón. Los edificios más recientes empezaban a estar dotados de bombillas, en instalaciones que a menudo combinaban el gas y la electricidad, pero en el fondo su aparición solo servía para agravar el problema, puesto que requería instalar en el sótano dinamos alimentadas por calderas de carbón. Cuando empezó a anochecer, las farolas de gas de la calle, y las luces de gas de los edificios de abajo, infundieron al humo un mortecino resplandor amarillento. Burnham solo oía el silbido del gas en las lámparas de su despacho.

ÍNDICE

La inminencia del mal	11
Prólogo: A bordo del <i>Olympic</i>	15
Primera parte: Música congelada	25
Segunda parte: Una lucha terrible.	151
Tercera parte: En la Ciudad Blanca	303
Cuarta parte: La crueldad al desnudo	433
Epílogo: La última travesía	473
Notas y fuentes	499
Notas	507
Bibliografía	549
Agradecimientos	557
Índice de nombres	559
Créditos de las ilustraciones	571